

Romero y Pablo VI SANTOS

Romero y Pablo VI serán proclamados santos el 14 de octubre en Roma durante el Sínodo de Obispos, con la asistencia de prelados llegados de todo el mundo al Vaticano.

San Romero mártir, como ya lo definía el pueblo desde hace mucho tiempo, fue asesinado mientras oficiaba misa. La «Voz de los sin voz» denunció hasta la muerte las injusticias cometidas contra los más pobres y desprotegidos.

Pablo VI lideró la Iglesia Católica desde 1963 hasta su fallecimiento en 1978.

El Papa del Diálogo dio continuidad al Concilio Vaticano II y abrió las puertas de la Iglesia a la modernidad. Autor de ocho encíclicas destacan *Populorum progressio*, dedicada al «desarrollo de los pueblos» y la controvertida *Humanae vitae* por su punto de vista tradicional sobre el matrimonio y las relaciones conyugales.

SAN ROMERO DE AMÉRICA

A un santo hay que buscarlo en sus raíces. Su padre, Santos Romero y Galdámez, era de familia sencilla, pero no tenía aspecto de campesino sino, cierto aire

más distinguido, con un bigotito de oficinista. Era el radiotelegrafista de Ciudad Barrios, oficio que ejercía en su casa de la plaza, una situación desahogada que se fue al traste cuando surgieron problemas económicos. Allí don Santos conoció a Guadalupe de Jesús, una mujer seria y callada, de mirada dulce y penetrante, morena y mestiza como casi todas las gentes del lugar. Óscar Arnulfo vio la luz un día de la Virgen, el 15 de agosto de 1917, y fue bautizado el 11 de mayo de 1919. Tuvo siete hermanos, de ellos dos niñas y cinco niños.

En la infancia de Óscar sobrenada la fragilidad. ¿Dónde creció el silencio interior de aquel pequeño

medio paralítico con un deje de tristeza que nunca desaparecería del todo, con una armonía de flauta que más tarde se convertiría en teclado de un piano y armónium, con una bien timbrada voz que sería «la voz de los sin voz», un micrófono que con los años florecería en sangre?

Puede imaginarse lo que sería un seminario en una provincia salvadoreña como San Miguel en los años 30. Hay foto del diminuto «cura» ensotonado, con su esclavina y su mirada limpia y soñadora. Pronto le llamarían «el niño de la flauta». Su obispo le envió en 1937 al seminario mayor de San Salvador, regentado por la Compañía de Jesús, donde pasó siete meses, y luego le destinó a completar sus estudios en Roma. Existe un diario de aquellos años, entre 1937 a 1941, una época que le marcaría para siempre. Su máxima aspiración era «ser santo». En marzo vivirá el ambiente de cónclave, la elección de Eugenio Pacelli como Pío XII y el estallido de la guerra.

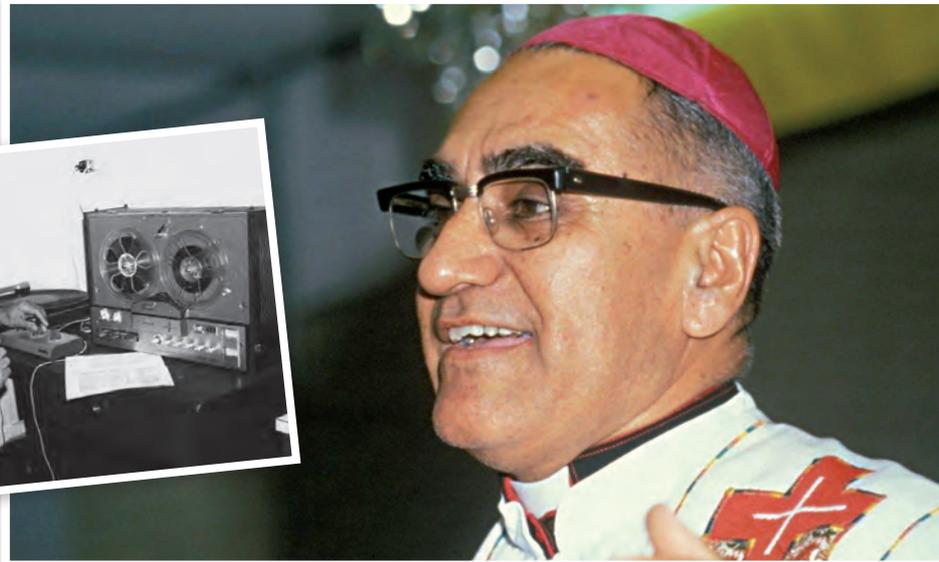
«Oh Jesús, cuando todo esto escribo, tu bondad me ha nublado los ojos –era el día de su ordenación sacerdotal–. Jesús bueno, amigo fiel, que jamás sea yo el villano que conculque tus delicadezas de amor. Haz que este sea mi distintivo: una gran locura por Ti. Tú eres mi gloria y la recompensa de toda mi vida sacerdotal; tu amor, Jesús, tu amor... y eso me basta. ¡Y la muerte antes que ese amor se entibie!»

Óscar y su amigo Valladares, que se había ordenado dos años antes y moriría por enfermedad prematuramente, abandonan Roma en plena guerra (agosto de 1943) con escala en Barcelona rumbo a Cuba. Allí los confundirían con espías y sufrirían hambre en un campo de concentración. El misacantano regresó a El Salvador enfermo, pero lleno de ilusión. Su primer destino fue Anamoros, un pueblo de montaña agazapado entre verdes cimas y con casas pintadas de vivos colores.

El obispo, convencido de su valía, lo llama a su lado en San Miguel, después de apenas dos meses de párroco y lo nombra su secretario. Cargado de actividades, desde el primer momento se rodeó de pobres. No se cuidaba y se sometía a un trabajo excesivo. Dos vertientes se aprecian en esta primera etapa sacerdotal: la de un hombre abrazado a la cruz

desde una postura ascética y estricta, muy ortodoxa y exigente consigo mismo, y el hijo del pueblo que llevaba en la sangre y en su sensibilidad evangélica la predilección por los pobres, aunque sin abandonar a los ricos.

Consagrado obispo auxiliar de San Salvador (1970) con sede en el seminario interdiocesano de San José de la Montaña, dirigido por los jesuitas, conoció a Rutilio Grande sin saber entonces hasta qué punto aquella amistad condicionaría su futuro y nuevo despertar interior. Tras pastorear la diócesis de Santiago de María, en junio de 1975 se producen los hechos de Tres Calles: la Guardia Nacional asesina a cinco campesinos. Monseñor Romero llega a consolar a los familiares de las víctimas y a celebrar la misa. El nombramiento de Monseñor Romero como arzobispo de San Salvador, el 23 de febrero de 1977, fue una sorpresa. Sin embargo, unas semanas más tarde, el 12 de marzo, es asesinado el jesuita Rutilio Grande –hoy también en proceso de canonización–, comprometido con la causa de los pobres,



que colaboraba en la creación de grupos campesinos de autoayuda, y buen amigo de Monseñor. «Dios no está en las nubes, acostado en una hamaca. A él le importa que las cosas vayan mal a los pobres por aquí abajo», había dicho. Inauguraba signos proféticos de lo que sería, desde aquel momento, su servicio como arzobispo al pueblo salvadoreño, como la famosa «misa única». Al del padre Rutilio Grande se sucederían múltiples asesinatos de sacerdotes y laicos. A partir de ese momento un clérigo ortodoxo estricto y cerrado en sus convencimientos doctrinales se convertirá en un obispo dialogante, radicalizado →

en la defensa de los últimos, volcado en la causa de su pueblo crucificado.

Romero comienza en sus homilias a denunciar los atropellos contra los derechos de los campesinos, los obreros, sus sacerdotes, en el contexto de violencia y represión militar que vivía el país. La vida humana va a convertirse para él en el máximo valor humano y divino. Lo formuló claramente en el sermón que pronunció el 16 de marzo de 1980: «Este es el pensamiento fundamental de mi predicación: nada me importa tanto como la vida humana».

Varias veces amenazado de muerte, tras un primer intento de asesinarlo el 9 de marzo de 1980, en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús mediante una bomba que fue desactivada, y de proclamar, en su discurso tras el nombramiento como doctor Honoris Causa en Lovaina, que la Iglesia en su país era perseguida por defender a los pobres, el día 23 de marzo, Romero hizo desde la catedral un enérgico llamamiento al Ejército salvadoreño a desobedecer la orden inmoral de matar. «Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre: En nombre de Dios pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: Cese la represión».

El 24 de marzo celebró un retiro con sacerdotes del Opus Dei. Ese lunes aproximadamente a las 6:30 pm fue asesinado cuando oficiaba una misa en su querida capilla del hospital Divina Providencia. Un disparo de un francotirador impactó en su corazón momentos antes de la consagración. Tenía 62 años.

En 1993, la Comisión de la Verdad concluyó que el asesinato de monseñor Romero había sido eje-

cutado por un pistolero a sueldo. Treinta y un años después se conoció el nombre del asesino: Marino Samayor Acosta, subsargento de la sección II de la extinta Guardia Nacional y miembro del equipo de seguridad del expresidente de la República, quien manifestó que la orden para cometer el crimen la recibió del mayor Roberto d'Aubuisson, creador de los Escuadrones de la Muerte y fundador de ARENA, y del coronel Arturo Armando Molina. Habría recibido 114 dólares por realizar dicha acción. Sin embargo,

un reciente documento de mil páginas emitido por el Vaticano señala que el presunto francotirador fue Walter Antonio Álvarez, quien un año después sería secuestrado por desconocidos y su cadáver encontrado más tarde, sin que el crimen fuera investigado por las autoridades. Este dato podría reabrir el proceso judicial cerrado en falso en 1992.

Su proceso de canonización ha sido una auténtica carrera de obstáculos, sembrada incluso de calumnias de algún hermano en el episcopado. El papa Francisco desbloqueó la causa y la ceremonia de beatificación, presidida por el cardenal Angelo Amato, se llevó a

cabo en la plaza Salvador del Mundo de la ciudad de San Salvador el día 23 de mayo de 2015. Según estimaciones, participaron unas 300 mil personas de 57 países. Antes el pueblo lo había ascendido a los altares, y había obtenido reconocimiento incluso de la ONU y de la Iglesia anglicana. «Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño», se había atrevido a afirmar. Todo estaba ya en aquel niño «tristito», que se escapaba a hacer visitas al Santísimo, y tendrá su último secreto en la oración y los Ejercicios de San Ignacio: «Jamás hemos predicado violencia. Solamente la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en una cruz».



SAN PABLO VI LA CRUZ Y EL DIÁLOGO

Si Romero fue un niño de pueblo que llegó a arzobispo y mártir de la fe y la justicia de América, Pablo VI había nacido en una familia aristocrática y sería un intelectual que llegaría a convertirse en el Papa del Diálogo que abrió las puertas de la Iglesia a la modernidad. Todo ello desde el sufrimiento personal y una profunda humildad. Como dudaba, le llamaron el «papa Hamlet», pero él mismo se preguntaba si no se parecería más a don Quijote. De hecho, se trata del cuarto papa del siglo XX que sube a los altares después de Pío X, Juan XXIII y Juan Pablo II. Permanecen abiertas las causas de Juan Pablo I y Pío XII.

Giovanni Battista Montini vio la luz en 1897 en Concesio (Brescia, Lombardía). Su padre, Giorgio Montini, era abogado, periodista, director de la Acción Católica y miembro del Parlamento de Italia; y su madre, Giudetta Alghisi, pertenecía a la nobleza rural. Tuvo dos hermanos: Francesco Montini, médico, y Ludovico Montini, abogado y político.

De salud frágil, se educó con los jesuitas, ingresó en el seminario de Brescia y tras ordenarse sacerdote (1920), se doctoró en Derecho Canónico, completando sus estudios en la Universidad Gregoriana y en la Academia Pontificia, donde se forman los diplomáticos de la Santa Sede; para enseguida hacer sus primeras armas en la Secretaría de Estado. Tras una breve y dura estancia en la nunciatura de Varsovia, Pío XII —aún cardenal Pacelli— pone sus ojos en él, y a su lado aprendería a gestionar delicados asuntos de la Iglesia, cuando estalla la II Guerra Mundial. A petición del Papa, creó una oficina de información para los prisioneros de guerra y los refugiados. Pío XII, probablemente con el fin de prepararlo pastoralmente, le catapultó a la diócesis más importante de Italia, Milán. Allí empieza a manifestarse como hombre de diálogo con los obreros, intelectuales y miembros de otras religiones.

Muerto Pacelli, Juan XXIII (1963) lo eleva al cardenato, lo que le permite viajar por todo el mundo. Participa en el Concilio, aunque le había dicho al Papa que, al convocarlo, se metía en «un avispero». Montini es elegido en el cónclave como una figura de consenso adoptando el nombre de Pablo, su gran modelo. Empezó por recor-



tar el boato exterior de la Iglesia: la triple tiara, la nobleza vaticana, diversas guardias pontificias. «Vale más la comprensión de la oración que los vestidos de seda y vetustos con los que ha sido revestida regiamente. Vale sobre todo la participación del pueblo», comentó.

Ahora le tocaba entrar de lleno en aquel «avispero» que había heredado de su predecesor: continuar y consolidar el Vaticano II. Entre sus prioridades, una mejor comprensión de la Iglesia católica. Es decir, una definición más completa de su naturaleza y del papel del obispo, su renovación; la restauración de la unidad de los cristianos; y el diálogo con el mundo contemporáneo, objetivos que cristalizaron en los conocidos documentos conciliares que constituirían una auténtica revolución pastoral, a través de la nueva misa, la colegialidad, el Sínodo, la reforma de la curia, el ecumenismo, la reorganización del Santo Oficio...

Tales pasos no se llevaron a cabo sin sufrimiento personal. El papa Montini, de carácter retraído y solitario, había escrito en su diario al ser elegido: «La posición es única. Me trae gran soledad. Yo era solitario antes, pero ahora mi soledad llega a ser completa e impresionante». Las polémicas internas y el rechazo a las novedades llegaban a su despacho como un continuo bombardeo, pero él mantuvo firme el timón del nuevo rumbo eclesial. Benedicto XVI, recordándolo, decía que «sin él, el Concilio Vaticano II, tenía el riesgo de no tomar forma». Su carácter, más frío, distaba de la simpatía mediática de su predecesor, pero la mirada penetrante de sus ojos azules ganaba en las distancias cortas.

Quizá su primera virtud fue la búsqueda del diálogo, aun en casos complejos, como el entablado con





los países comunistas (la *Ostpolitik* llevada a cabo por Agostino Casaroli), las comunidades de base y las ultra-conservadoras, que querían, unas, romper la disciplina con la Iglesia (el caso de dom Franzoni abad procomunista de san Pablo Extramuros,) y otras, que rechazaban la doctrina del Concilio (el cismático Marcel Lefebvre). Recientemente se ha conocido el texto completo de la firme y paciente conversación que mantuvo con él para convencerle de volver al redil.

Montini mantuvo su culto a la amistad y al trato con intelectuales, no siempre bien juzgados por el ámbito curial, como Maritain, De Gasperi, Dalla Torre, Bonome-lli, la Pira, Fanfani y otros. Sin duda privilegió a los franceses, especialmente Jacques Maritain, que le ayudó a redactar el *Credo del Pueblo de Dios*. Dialogaba también con los artistas, y abrió la Sede Apostólica al mundo al iniciar grandes viajes papales. Sus diez giras apostólicas y su visita a la ONU le convirtieron en «Peregrino de la Paz». «Nuestra breve visita nos ha dado un gran honor; el de proclamar al mundo entero, desde la Sede de las Naciones Unidas, '¡paz!'». De sus ocho encíclicas destacan *Ecclesiam suam* y *Populorum progressio*, dedicada esta al tema del «desarrollo de los pueblos» con la tesis de que la economía debía servir a la humanidad y no solo a unos pocos, y que la paz real está condicionada a la justicia.

Sin duda su encíclica más polémica fue la *Humanae vitae* (1968), que reafirmaba el punto de vista tradicional de la Iglesia católica sobre el matrimonio y las relaciones conyugales con la condena permanente del control de la natalidad artificial. Su publicación creó un gran revuelo internacional, pues dos comisiones previas habían analizado positivamente los últimos avances de la ciencia y la medicina sobre el control, practicado de hecho por muchos católicos. Se dijo entonces que surgía un Pablo VI temeroso, preocupado por las consecuencias del posconcilio. De hecho, él mismo llegó a afirmar que «el humo de Satanás» se había infiltrado en la Iglesia.

Nadie duda sin embargo que fue el precursor de la nueva Iglesia abierta al mundo. Además, había internacionalizado el colegio cardenalicio; limitado a 80 años la edad de los electores del cónclave, y reformado la vestimenta de los «príncipes de la Iglesia». El secuestro de su gran amigo, el político Aldo Moro en 1978 por las Brigadas Rojas fue la última estación de su personal viacrucis, llegando a pedir en una carta la liberación del secuestrado «de rodillas». El 9 de mayo fue encontrado en Roma el cuerpo acribillado de Moro.

El 6 de agosto de 1978, a las 21:41, Pablo VI fallecía en Castel Gandolfo. A su muerte, se dispuso un funeral austero, con un ataúd de madera, sobre el que se colocó un ejemplar de los Evangelios. Quiso ser enterrado bajo el suelo de la Basílica de San Pedro, en «tierra verdadera». Iniciado el proceso de canonización por Juan Pablo II y aprobado el milagro, el papa Francisco firmó su beatificación, que tuvo lugar el 19 de octubre de 2014 como parte del cierre del Sínodo extraordinario sobre la familia, acto en que se destacó su labor evangelizadora y de timonel de la Iglesia.

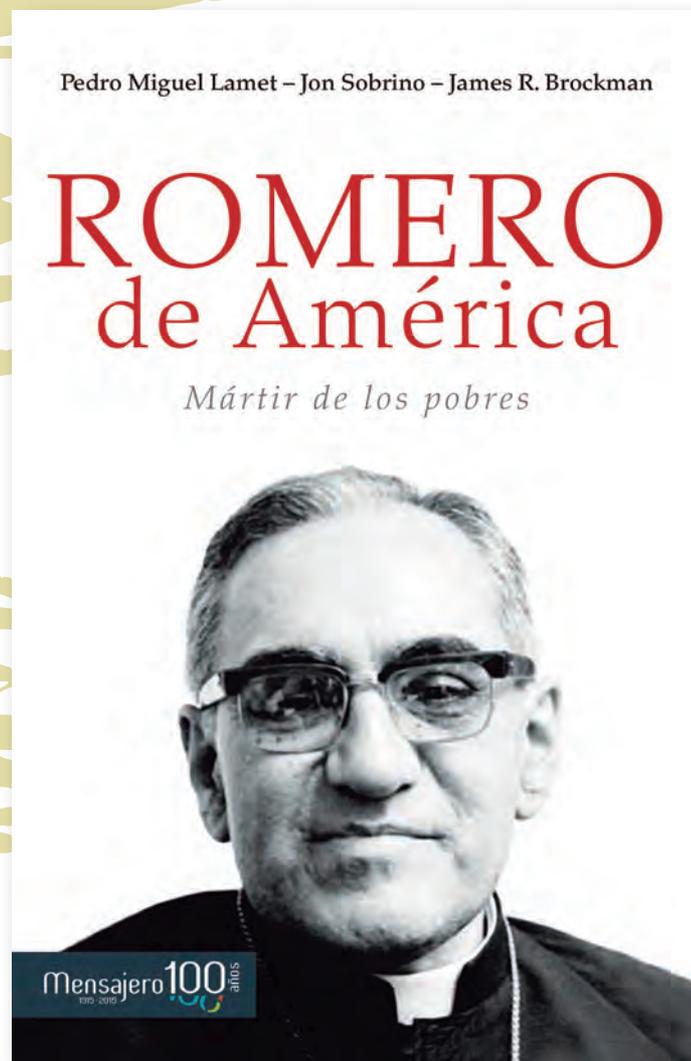
«¿Soñamos tal vez cuando hablamos de civilización del amor? No, no soñamos. Los ideales si son auténticos, si son humanos, no son sueños: son deberes. Especialmente para nosotros cristianos», había afirmado. Y en su último encuentro con los jóvenes de Acción Católica Italiana, (1978), insistió: «Nuestra finalidad consiste en construir la "civilización del amor"; pero recordad bien que nadie puede construir un mundo de amor si no es él mismo amor».

Como el apóstol Pablo, vivió la centralidad de la cruz: «Quizá el Señor me ha llamado a este servicio no porque yo tenga alguna actitud, o porque yo gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades presentes, sino para que yo sufra algo por la Iglesia, y sea claro que Él, y no otro, la guía y la salva». En síntesis, una vida de diálogo y servicio al hombre bajo el ejemplo del «apóstol de las gentes» durante quince años en los que no cesó de transmitir ese mensaje dirigido a todos: a sus hermanos de casa, pero también a quienes se habían alejado, cuantos creen en Dios sin conocer su nombre, a los que lo niegan, e incluso a los que lo combaten. «Ser todo en todos», era su lema.

PEDRO MIGUEL LAMET |

Canonización de monseñor Romero

14 de octubre de 2018



y más títulos como:

El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero
(Douglas Marcouiller, SJ – prólogo de Jon Sobrino)

La violencia del amor
(selección de textos de Monseñor Romero)

Grupo de Comunicación Loyola
Padre Lojendio, 2 • 48008 Bilbao
info@gcloyola.com • +34 94 447 03 58

gcloyola.com